



### La obra gráfica de un cineasta suburbano

Iván Zulueta. *Imagen-Enigma*.

Donostia-San Sebastián : Diputación Foral de Gipuzkoa, 2002. – 315 p. : il. ; 24 cm. – ISBN: 84-7907-373-X.

Con motivo de la exposición realizada en la sala Ganbara del Koldo Mitxelena Kulturunea del 11 de septiembre al 2 de noviembre de 2002, se ha editado por esta misma institución un lujoso y amplio catálogo de la obra gráfica del cineasta y dibujante más *maldito* del cine vasco: Iván Zulueta. El patronazgo de las instituciones vascas viene a paliar en gran parte la marginalidad –forzosa y a la vez deliberada por parte del autor– que rodea el mundo creativo de este singular ilustrador y por lo pronto ha tenido un efecto dominó bastante satisfactorio. En efecto, la exposición (y el libro) ha supuesto no sólo sacar a la luz una obra gráfica rica en imaginación visual que se hallaba dispersa y, en su mayor parte, aún desconocida para el público, sino que, sobre todo, ha tenido el efecto de “estimular” –o cuanto menos, de dar a conocer– las ganas del realizador vasco de volverse a poner detrás de la cámara, como hemos tenido ocasión de comprobar en diversas apariciones de éste en los medios de comunicación. En la misma entrevista que abre el libro-catálogo, realizada por Begoña del Teso y Virginia López Montenegro, Zulueta lo cuenta de manera expeditiva: “*necesito hacer cine, pero con urgencia*” (pág. 22). Además, durante el mes de noviembre, el programa de TV2 *Versión española* le ha dedicado un miniciclo de sus primeros trabajos en televisión y de algunos medimétrajes. Así, algunos de los *story board* y carteles hechos para el vanguardista programa de la pequeña pantalla *Último grito* (1968), revisitado en este miniciclo, se han podido contemplar en esta exposición.

Este libro viene a ser *el otro lado* de las dos facetas inseparables del cineasta-ilustrador Zulueta y, en este sentido, complementa el magnífico libro de Carlos F. Heredero dedicado a su obra cinematográfica: *Iván Zulueta: la vanguardia frente al espejo*, editado con ocasión del 19 Festival de Alcalá de Henares en 1989. Pero si la obra –precaria, difícil, frágil– de este cineasta experimental se ha hecho en íntima relación con los ritmos e impulsos accidentales de la vida (una vida que peligrosamente se ha internado en los laberintos de la droga), qué decir de la obra trazada con la mano nerviosa de este enamorado del cine y de la cultura pop. Se diría que la proximidad e intimidad que permite el dibujo le ha mantenido siempre cerca de ese pozo inagotable que constituye el imaginario cinematográfico. De la misma forma

que Andy Warhol no hace otra cosa que repetir y multiplicar literalmente la fuerza mítica del cine en su célebre cuadro de Marilyn Monroe, la obra gráfica de Zulueta no podría entenderse fuera del cine, a tal punto éste sostiene todo su entramado iconográfico. Hay una pasión material y espiritual por formas, detalles, trazos, huellas, ritmos, composiciones, estructuras, colores... que tienen que ver directa e indirectamente con el cine aunque se exprese con los medios (y el estatismo) propios del grafismo y la ilustración.

El libro se inicia con una entrevista realizada en julio de 2002 para charlar “sobre ritmos, pausas, puntos de fuga, dobles, gemelos, el Norte, el Sur, las drogas, Lynch, las galernas, los vampiros, el olor del óleo y la sustancia de la cera” (pág. 7). Lo más reseñable de esta distendida conversación, dividida en secuencias a guisa de guión cinematográfico, son los comentarios de Zulueta acerca de Alfred Hitchcock, especialmente su fascinación por *Psicosis* y *Vértigo* (aunque no faltan tampoco atinados juicios sobre los títulos de créditos de Saul Bass). Zulueta se muestra –más bien se descubre, lo que paradójicamente no nos sorprende en este singular cineasta underground– como un enamorado del cine de toda la vida, del cine americano clásico. Después de elogiar el estilo “como de apaños de Super 8” de David Lynch, Zulueta se decanta, sin embargo, por la sencillez del artesano que sabe contar una historia: “Pero (Lynch) no aclara para nada la historia. Es un fallo. Le quita emoción. Te distancia. Y a mí me encantan las películas-películas” (pág. 15).

A las cuarenta páginas iniciales de la entrevista les complementan otras tantas, al final del libro, dedicadas a la bio-filmografía del cineasta vasco (con un expresivo título: *Los años que vivimos y filmamos peligrosamente*). Ambas secciones-bisagra van profusamente acompañadas de fotografías, dibujos y carteles de Zulueta, lo que dota al libro de una intimidad más próxima al álbum o diario que al catálogo de artista. El grueso del mismo lo ocupan 290 obras gráficas, cronológicamente catalogadas: desde las primeras pinturas (principalmente al óleo o en acuarela), los dibujos de cera y de rotulador (especialmente los del Cuaderno de Nueva York, durante su estancia de aprendizaje en dicha ciudad a principios de los 60), felicitaciones, logotipos y portadas de discos, comics y storyboards, polaroids y collages, dibujos a lápiz y con técnica mixta y, sobre todo, los innumerables carteles de películas que ha realizado a lo largo de su accidentada vida y que constituyen la parte más conocida de su obra gráfica. Muchos de los carteles vienen acompañados de los bocetos de que se sirvió Zulueta para llegar a un resultado más o menos depurado o de las diversas opciones planteadas sobre un mismo motivo, lo que constituye un material de primera mano para apreciar el proceso creativo del que sin duda es uno de los mejores cartelistas de nuestro cine. Son especialmente paradigmáticos de su estilo dinámico, expresionista y colorista, en magnífica conjunción e interacción de las palabras –títulos y nombres– con las imágenes –dibujos de rostros y motivos simbólicos– los carteles y bocetos de *Arrebato*, *Maravillas*, *Ataque verbal* y todas las variaciones en torno a algunos filmes de Luis Buñuel (los célebres afiches de *Viridiana*, *Simón del desierto*, *La edad de oro* y el cartel del Ciclo Buñuel que juega especularmente con

varias imágenes ya arquetípicas del rostro del cineasta aragonés). La inflexión de Zulueta por figuras fantásticas y estilizadas al lado de rostros y motivos plenamente realistas e incluso las suaves texturas de “lápices de colores” le aproxima a los dibujos de William Blake (el tono de inocencia y candor, la preferencia por los rojos, azules y amarillos).

Aunque hay en el cartelista Zulueta una tendencia a la explosión casi barroca del color (sobre todo cuando maneja la cera y el gouache), a la multiplicación de figuras y motivos en el plano pictórico (con un cierto peligro, siempre evitado, de llegar a la saturación), su faceta más destacable es la del ilustrador que conoce y respeta la tradición clásica y moderna del cartelismo (no sólo del cinematográfico o de la cultura pop, también el que ha acompañado los grandes movimientos sociales e ideológicos de las vanguardias históricas) e innova creativamente a partir del rigor conceptual en torno a dicho medio expresivo: capacidad de síntesis y de visualización, facilidad para el encadenamiento de motivos heterogéneos, armonización de lo visual y lo narrativo en una perfecta sintaxis gráfica. En este sentido, los carteles de Zulueta desprenden, al lado y no al margen de sus funciones formales y sociales básicas, el sortilegio de la máxima que abandera el autor y que da título al libro: la *imagen* es *enigma*. A ello se debe que los carteles de Zulueta no sean un mero signo visual del filme, sino un artefacto plástico que, con los recursos del grafismo, ofrece una singular lectura interpretativa del filme que, en vez de agotarlo, potencia y multiplica los sentidos y enigmas que éste pueda contener en su interior.

De todas formas, aún siendo lo más relevante, la obra cartelista constituye una parte más del libro. El lector (y espectador) de este abigarrado libro puede llevarse una idea convincente de las diversas fases del amanuense Zulueta provisto de pinturas, lápices y rotuladores. Algunos de sus dibujos, como los del Cuaderno de gouaches de 1986, son tan caóticos y violentos en el color –sobre todo las “batallas” entre rojos y azules en una imaginería más cercana a las experiencias lisérgicas que al expresionismo abstracto– que reflejan periodos dramáticamente difíciles del artista y que sin duda prefiguran fases no menos dolorosas de absentismo o de paréntesis con el objeto pictórico.

A un nivel general, se le nota al pintor más cómodo con la cera, el lápiz y el rotulador que con otros materiales más técnicos y reposados (el óleo, el gouache, la acuarela, etc.). O como dice el mismo Zulueta, la preferencia por el *crayon* o la barra en perjuicio del pincel (pág. 40). Esto se debe al hecho de trabajar más a gusto con el trazo, las líneas, los volúmenes que con las difuminaciones, los *sfumatos*, los matices y las capas del color. La imaginación visual, rápida y nerviosa, de este creador urbanita también se manifiesta en los *collages*. En fin, repasar la obra de Zulueta es estudiar los momentos más notables del grafismo moderno: en sus dibujos de los años 60 es notoria la influencia del grafismo inglés (por ejemplo de George Dunning, el director de *Submarino amarillo* (*Yellow Submarine*, 1968), en otros se percibe la huella del minimalismo estadounidense, la psicodelia castiza hispánica, en todos los periodos, sin embargo, se mantiene un cierto

clasicismo en los temas y estilos de los dibujos a lápiz (dibujos de su casa, del salón de la abuela, de los perros domésticos, de los retratos de amigos y familiares, etc.). El sexo, el humor, la nota discordante o desenfadada e incluso el delirio pueden amigarse (y de hecho nunca están reñidos en la orfebrería plástica de Zulueta) con la reflexión a vuelapluma, los apuntes sociopolíticos, la malicia sin resquemor. Observador de las pulsiones de una generación y de una época particularmente vistosa por su superficie colorista y dinámica, aunque no exenta de una interioridad rota y accidentada, la obra gráfica del cinemaniaco Iván Zulueta es tal vez el testimonio más íntimo de su peculiar peripecia vital (no es de extrañar que Zulueta reconozca que puede encarar hoy mejor su obra gráfica que sus trabajos cinematográficos, pág. 43), el itinerario de un artista, en fin, que al trabajar con la mitología de la cultura pop y los signos más conspicuos de la modernidad, nunca deja de plasmar su particular *modus operandi*, su toque personal.

Miguel Ángel Lomillos